LINEA "Z"

[Fabio Angelli - http://elmonstruosinvoz.blogspot.com.es/]

Por las noches es cuando reviso el recorrido. Trato de aprenderme el mapa de memoria hasta caerme rendido. Tampoco se trata de aprender, ni de repasar, ya que es mi trabajo y siempre lo ha sido, es lo único que sé hacer y ahora es lo único que puedo hacer. No necesito memorizar. Solo necesito tener la mente ocupada. una mente no ocupada es una mente que piensa y pensar es peor que morir. Ya no sé qué es lo peor. Morir tampoco me lo parece, pero mi única ocupación ahora es tratar de no hacerlo. Por cualquier medio, y sin embargo algo en mi cabeza me dice que tampoco hay razón para hacerlo. Por eso la mantengo fría y ocupada.

Llego a la estación, aparco y empiezo mi rutina comprobando la seguridad del lugar y luego procedo al mantenimiento y, cuando es posible, echo al depósito toda la gasolina que encuentro. Eso es lo único por lo que me dejo preocupar, la falta de combustible es un riesgo real en el que puedo atreverme a pensar. Todo lo demás, todos los demás riesgos, incluso los que derivarían de la falta de gasolina o de previsión, no los contemplo, simplemente porque no me lo puedo permitir. No quiero pensar en ello. La falta de gasolina es el lunar que me atrevo a mirar desechando la idea del tumor que se esconde debajo.

Luego si sobra tiempo miro si hay un sitio seguro y cómodo para descansar, pero es lo que menos me importa. Me he acostumbrado a prescindir de la comodidad. Y del descanso. Llevo meses durmiendo a ratos en los asientos de atrás despertándome a cada ruido, sobresaltado por si es uno de ellos, de los que siguen apareciendo por las estaciones de autobuses del país, sin saber adónde ir, respondiendo a un instinto de movilidad, como si siguieran escapando de algo que ya no recuerdan.

Otras veces me despiertan mis pesadillas. Sueño con ser vencido por fin por el cansancio y con cerrar los ojos a ciento treinta por hora, salirme de la calzada con mi mastodonte, impactar y salir proyectado a través de la luna, con la cara hecha pedazos y el tórax aplastado y hueco por el impacto con el asfalto. Quedar así unos momentos, para luego convulsionar y volver a levantarme, volver como ellos. Me despierto y compruebo que sigo con vida y sin embargo no consigo alegrarme. Entonces vuelvo a revisar el recorrido. Del centro al mar, del mar a los Pirineos y luego de vuelta a la capital, y de aquí Adanero, Olmedo, Valladolid, Medina de Rioseco, Mansilla de las Mulas, León, Pola de Lena, Mieres, Gijón. Otra vez: Adanero, Olmedo, Valladolid, Medina de Rioseco, Mansilla de las Mulas, León, Pola de Lena, Mieres, Gijón. Llegar a Gijón, sí, tú sólo piensa en llegar, en tu destino, es eso lo importante. Hasta que las ideas recobran orden.

Hacer algo, encontrar la forma de mantenerse ocupado es fundamental, es lo único que tiene sentido en lo que queda de este mundo; convencerse de que lo que haces merece la pena es necesario para quedar de una pieza, para no perder la poca humanidad que crees que te queda. Y precisamente ése es el punto, *la humanidad que queda*... si es que queda. Cuando el mundo que conocíamos colapsó, yo estaba como todos los demás, con todos los demás, haciendo lo que parecía tener significado, alimentando un sistema del que éramos cebo y sustento, engañándonos a nosotros mismos como haría un cerdo tratando de cuidar el colesterol o imaginando su jubilación, sin pensar en el cuchillo. Estaba en el depósito llenando de cháchararas vacías el tiempo antes del recorrido. Desde hacía unas semanas la conversaciones se habían convertido en un cansado refrito de las mismas cuatro informaciones que los telediarios repetían a todas horas fingiendo añadir algo nuevo al vacío informativo que ellos mismos había creado. O que les habían mandado crear, que para el caso es exactamente lo mismo. Al principio no se sabía nada de verdad, pero luego, cuando la cosa fue a peor, el silencio en los medios fue la voz del sistema para que no cundiese el pánico. El

pánico; como si fuera mejor tener a la gente tranquila pero muerta que tragar la idea que había llegado la hora de volver a luchar para sobrevivir creando el caos en las calles. Y cuando nos quisimos dar cuenta era demasiado tarde.

Al principio, si es que eso fue el principio, se hablaba de la enésima guerrilla en Oriente Medio, de esas para las que una audiencia demasiado acostumbrada ha perdido hasta el sentimiento de humana compasión. Luego los prófugos. Centenares de hombres y mujeres de todas las edades cubiertos de harapos y arrastrando los pies hacia una frontera que ya no les pertenecía. Algunos con bultos llenos de cosas que fueron su hogar, otros espoliados, por las circunstancias o por simple desesperación, de toda propiedad que no fuese lo que llevaban puesto. De todo el occidente más desarrollado, civilizado y piadoso salieron toneladas de ayuda humanitaria envuelta en barcos y aviones a los que acababan de sacar lustre para que no desfiguraran en las fotos. Y reporteros, muchos reporteros. Caras conocidas de las cadenas más prestigiosas y rostros nuevos de quienes por fin tenían su oportunidad para dar el gran salto. Durante días se habló de aquella periodista en el medio del campamento. Tenía los ojos muy hundidos por las noches de poco y mal dormir. Llevaba una blusa tallada de color caqui para no desentonar con el escenario, con la arena y las pieles demacradas de los prófugos. Detrás de ella polvo como niebla agitada por un viento que incluso por la tele no parecía mitigar el calor asfixiante del verano en Oriente Medio. Detrás de ella el trajín incesante de los voluntarios, del personal médico, de algunos militares. Detrás de ella la masa indistinta de refugiados sentados en el medio del viento y del polvo.

Luego pasó.

Desde la nube de polvo, uno de ellos, un refugiado, un derrelicto sale de la muchedumbre sin forma y se le aproxima. Ella no lo nota y sigue informando. Luego el cámara tuvo que hacerle una señal y se da la vuelta y lo ve, pero no como lo veíamos nosotros desde aquí, ella mira para esos

mismos ojos que llegaban a nuestras pantallas pero no ve lo mismo. Se le ilumina la mirada pensando en aprovechar la coyuntura y traernos de la mano a nuestras casas la noticia. Se hace de lado para compartir el enfoque con el recién llegado y brindarle un gesto que bien pudo parecer una sonrisa solidaria. Rompe el caparazón del periodismo aséptico y objetivo para poner el pie en la información apasionada más digna quizás de una revista del corazón. Sigue informando sin darse cuenta de lo que en realidad está pasando, de que su invitado especial, como todos los prófugos, más que los otros prófugos, tiene hambre.

De repente en nuestras pantallas el refugiado se avalancha sobre la joven reportera y parece sumergir la cara en su cuello tapándole el rostro, mientras la cámara sólo puede grabar la expresión de terror en sus ojos por encima de la cabeza de él. Luego el hombre vuelve a levantarse con un pedazo de carne entre los dientes y ella cae al suelo chillando y tratando de frenar la sangre que le sale entusiasta del boquete que ha sustituido parte de su cuello.

Da igual que interrumpieran la transmisión, todas las cadenas emitieron decenas de veces aquellas imágenes como en un macabro ritual colectivo, a la merced de la audiencia, como si entre todos pudiéramos entender algo. En la red, más de lo mismo e incluso aparecieron parodias dobladas de la dramática escena.

Luego se empezó a hablar de la epidemia. Parecía un castigo más en una tierra ya suficientemente azotada. La definieron como una exacerbada forma de rabia. Rabia, sí. Contenerlo pareció imposible y las autoridades ordenaron el repatrio de buena parte de las fuerzas armadas y del personal sanitario. Las noticias se congelaron en ese momento. La información oficial se hizo repetitiva: ninguna actualización, tímidas llamadas a la tranquilidad y a la esperanza que la situación de los refugiados mejorase. Pero, sobre todo, ninguna nueva imagen, sólo volvían a ofrecernos, una y otra vez, las mismas grabaciones de nuestros soldados sonrientes y de la caravanas de la ayuda

humanitaria de las semanas anteriores. Empecé a preocuparme cuando vi desaparecer algunos de los blogs que seguían informando y especulando sobre el tema. Cerrados del día a la mañana. Las voces que pedían transparencia y trataban de atar cabos fueron acalladas, y por las calles de la ciudad se multiplicaron las manifestaciones que exigían la vuelta a casa de todo el personal civil y militar destinado en aquella lengua de tierra que ahora parecía ser menos lejana. Pero es como todo: ten cuidado con lo que desees. Sea como fuere, el Estado decidió ceder a la presión pública y puso los medios para traer de vuelta a los suyos. Y echando leches. Luego nos dimos cuenta de que fue demasiado rápido y tuvimos que lamentar que no se haya procedido a la cuarentena de los repatriados.

No hay noticia más certera de la que puedes ver tú mismo en primera persona y así fue cómo vimos el alcance de la epidemia. A los pocos días, ya en sus casas, los héroes de la crisis humanitaria empezaron a encontrarse mal, muy mal, y atestaron los hospitales donde eran declarados muertos en poco tiempo. Pero lo que en realidad conmocionó a la opinión pública no fue eso, si no ver a nuestros soldados, nuestros enfermeros, nuestras doctoras y voluntarias volver a levantarse, con la misma mirada vacía de aquel prófugo, con la misma tez oscura, con la misma hambre.

Decenas de congregaciones religiosas ocuparon las calles de las ciudades anunciando el fin de los días, consiguiendo así adelantar el proprio; un ejercito de cadáveres salió de todos los rincones de la ciudad como para demostrarles que quizás tenían razón, que el fin había llegado. Devoraron sus caras antes de que pudiesen ofrecer otra mejilla.

Fue todo tan rápido que cuando el mundo se fue al garete, todo seguía en su sitio, todo parecía funcionar, o así lo queríamos ver. Una muerte absurda y espantosa nos cogió entre espasmos

en nuestras oficinas, escuelas, talleres, nos asaltó entre dientes desgarradores en nuestras tiendas y supermercados, acorralados entre estantes de conservas.

Nosotros estábamos en los andenes, esperando la hora de subirnos a los autobuses para cumplir con nuestro trabajo. Cuando la horda de no muertos entró, escuché gritos de terror y de dolor antes de ver al primero de ellos y sólo hice lo que instintivamente se me ocurrió, lo que sabía hacer. Me metí en el autobús y cerré la puerta. Estaba aterrorizado y me acurruqué entre dos filas de asientos escuchando la voz de mis compañeros implorando que les abriese, rezando para que no pudiesen llegar al los mandos de emergencia para abrir, imaginando cómo esos seres me encontrarían y me arrancarían la carne del cuerpo y preguntándome cuánto tardaría en morir. A mi alrededor los gemidos de los muertos se mezclaban a los aullidos de los vivos devorados, intercalados con los golpes que unas manos sin vida propinaban a las puertas neumáticas de mi vehículo. Cuando sólo quedaban los gemidos me di cuenta de que toda la vida que quedaba en la estación era la mía y que si quería conservarla tenía que salir, así que arranqué y emprendí mi viaje.

Desde entonces me mantengo con vida haciendo lo que sé hacer, llevando este mastodonte entre ciudad y ciudad, revisándolo cada noche, llenando su depósito, aprendiendo el recorrido del día siguiente, cruzando la soledad de este país en búsqueda de una vida a la que abrir la puerta, a la que mentir diciendo que siempre habrá un lugar al que ir. Sólo me tengo a mí, a este autobús y a la esperanza de toparme con alguien más. Sé que si faltara uno de estos tres elementos, uno cualquiera, mi existencia habría acabado. En mi camino de asfalto y soledad me cruzo a menudo con esos seres torpes y lentos que arrastran sus pasos en busca de alimento vivo. Si andan solos por la carretera reduzco la velocidad y los atropello con una esquina del morro del autobús, evitando un choque frontal que podría dañar para siempre el vehículo y obligarme a esperar una muerte espantosa en el medio de la autopista desierta. Sigue pareciéndome triste ver como estallan sus cuerpos putrefactos

al chocar con el metal, no disfruto haciéndolo ni siquiera tratando de recordar a los míos, porque no hay venganza posible, y tampoco justicia. Es simplemente ellos o yo. Cuando son muchos, una manada cadáver y haraposa, no puedo arriesgarme a dañar mi baluarte móvil y tengo que ir muy despacio, empujándolos poco a poco, abriéndome camino entre ellos, viendo como se caen y oyendo cómo crujen entre los ejes de mis ruedas o explotan como bolsas de líquido. Baten en el metal de mi autobús, desesperados por conseguir su comida enlatada. A veces miro para el pulsador de la puerta, tentado de abrir y acabar una vez por todas, pero luego sólo me acerco más al arcén para dejarlos caer contra el guardarraíl, en algún barranco o simplemente en una cuneta donde ojalá se pudran definitivamente.

Por la noche llego a otra ciudad, envuelta en el mismo silencio, el mismo vacío. Reviso el coche, miro el mapa y acabo durmiendo en el único sitio en el que me siento relativamente seguro, mi autobús, hasta que, al día siguiente, el viaje sigue.

Esta mañana no he dormido casi nada pero esta vez no he tenido pesadillas. Una larga noche de pensamientos y recuerdos ya inútiles. A las primeras luces del día he dejado otra estación y me he puesto en marcha. La he dejado tal y como he llegado. Con la misma soledad, y la misma gasolina. El depósito estaba vacío y el de mi autobús mediado. Quizá debería alegrarme de que alguien antes que yo lo haya vaciado, alguien vivo, tal vez otro conductor, pero no consigo hacerlo, y sólo he hecho lo que se me da bien. He arrancado y he lanzado el acero a través de este país, de toda esta luz como si fuese la última vez. Y quizá lo sea.

He seguido mi ruta y simplemente no he tenido suerte, no he encontrado ninguna gasolinera, ni me he topado con nadie más que no fuese una de esas criaturas y empiezo a pensar que no haya nadie, que yo sea el último. Lo que me queda es saber que he hecho lo que he podido, sin dejar morir la esperanza, que era lo único que quedaba. Quizá sea por eso que me siento tranquilo.

Hace un par de horas el amenazante piloto del indicador del carburante ha cumplido su promesa y el depósito se ha quedado seco, en el medio de este día despejado y caluroso, en el medio de esta carretera que ya da igual a dónde lleve. Cuando el motor ha empezado a toser asmático por la falta de alimento, apreté el embrague y quité la marcha para aprovechar toda la inercia y no derrochar ni siquiera un centímetro de mi viaje.

Sigo aquí sentado en mi sitio, en el asiento que me corresponde y me pertenece, el del conductor y todavía no he decidido si abrir la puerta y seguir mi camino a pie, seguir buscando supervivientes, vagar hasta el agotamiento, arrastrando mis pies en busca de algo que comer, como hacen ellos, o si esperar a que llegue uno de los cadáveres andantes e ir a su encuentro, buscando en su mirada la humanidad que ha perdido, perder ahí la mía o si simplemente quedar aquí, hasta que torpemente, uno a uno, vayan rodeando el autobús, sin prisa, algo que por fin compartimos, batiendo con sus muertas manos el acero y el cristal de la puerta y entonces abrir, abrirles y que acaben de una vez.

Todavía no lo he decidido y saboreo el sol que inunda mi autobús y que calienta la carretera delante de mí. A lo lejos, entre el aire encendido por el calor del asfalto me parece vislumbrar una figura que torpemente se dirige hacia aquí. Podría incluso ser otro superviviente que ha oído en el medio del silencio el motor de mi autobús, pero ya sé que más probablemente es uno de ellos. No lo sé. Queda lejos y no tengo ninguna prisa.